

DOMINGO II DE ADVIENTO, CICLO B

PREPAREMOS EL CAMINO AL SEÑOR

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 40, 1-5.9-11; II Pedro 3, 8-14; Marcos 1, 1-8



1. Al escoger el título de esta homilía, que se encuentra en la primera lectura y en el evangelio de hoy, me ha venido a la mente el recuerdo de niño sobre cómo preparaba mi madre, y las otras madres, la Fiesta de mi pueblo en honor de la Virgen de la Natividad. Unos cuantos días antes, hacía una limpieza general de la casa, preparaba la ropa que nos íbamos a poner, iba al horno del pueblo con la masa adecuada para que salieran

unos buenos rollos y unas magníficas magdalenas –dulces clásicos para la fiesta-, además de otros mil detalles, que llenaban nuestro corazón de ilusión y de alegría y que, de verdad, nos preparaban para la Fiesta de Alustante, que es mi pueblo.

La preparación es una actitud y una práctica imprescindible para actuar correctamente, rendir como es debido y ser útiles a los demás. Se preparan el que va a ser médico o el que va a ejercer el ministerio sacerdotal con unos cuantos años de carrera. Se prepara el futbolista, y mucho más, cuando se trata de un partido de gran transcendencia. Es preparada la clase que el profesor va a dar, y se prepara el coche antes de salir de vacaciones. Se preparan los acontecimientos pequeños y, con mucho tiempo por delante, los grandes, como las Jornadas Mundiales de la Juventud, por poner un ejemplo.

2. A lo largo de la historia humana, ha habido eventos realmente grandes. Recordemos, también a modo de ejemplo, el descubrimiento de América o la subida del hombre a la luna. Hay, sin embargo, un hecho histórico que, por su transcendencia y por el bien que se siguió para toda la humanidad, es el hecho de los hechos, *una gran Noticia*, el hecho más importante de cuanto ha ocurrido y va a ocurrir en el mundo: es el Nacimiento de un Niño en un establo, porque no hubo sitio par Él en la posada, y porque, habiendo venido *a los suyos, los suyos no lo recibieron*. Ese Niño era el Hijo eterno de Dios Padre, encarnado en las entrañas virginales de María, y cuyo Nacimiento toda la Iglesia quiere celebrar con la mayor alegría en la próxima Navidad. Nosotros sí queremos recibirle y, aunque por nuestra pequeñez y por nuestra debilidad seamos unos *establos* pobres, queremos preparar nuestras almas, en estas semanas de

adviento, para que sean *establos* limpios de pecado, caldeados por el amor y adornados por muchas obras llenas de santidad.

3. A esto nos invita la lectura de Isaías que hemos escuchado, cuando nos dice: *preparadle un camino al Señor... una calzada a nuestro Dios*. Él quiere venir a cada uno, porque con cada hombre o mujer quiere mostrar su misericordia y darle su salvación. Así lo hemos pedido en el salmo responsorial. También el evangelio nos invita a prepararnos, prácticamente con las mismas palabras, citando al profeta: *preparadle el camino al Señor, allanad sus senderos*.

El contexto histórico del texto de Isaías es el siguiente: el pueblo judío se encontraba en el destierro, pasándolo mal, y Dios, por medio de su profeta, le anuncia que esa situación está a punto de terminar, y que la vuelta comenzará de inmediato. De manera semejante a como volvieron de Egipto, pasando de la esclavitud a la libertad, y de un país extraño a la tierra prometida, así ahora volverán con mayor gloria incluso, porque *se revelará la gloria del Señor, y la verán todos los hombres juntos*, hemos escuchado. El pueblo de Dios había pagado por su pecado, había quitado los obstáculos: *está pagado su crimen*, dice el propio texto bíblico. Y Dios manda a su *heraldo de Sión* a que le comunique que todo lo que dificulta la vuelta (valles, montañas, lo torcido, lo escabroso...) dejará de existir, pues desaparecerá y el camino de vuelta estará preparado.

4. El enviado por Dios, según el evangelio, es Juan el Bautista. En los momentos históricos, en los que Juan sale al desierto vestido de piel de camello, la liberación está cercana, a punto de llegar. Es cierto que no se trata de liberarse de habitar en un país extraño. De lo que se trata es de liberarse de la peor de las esclavitudes, de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte eterna. Para eso envía Dios a un nuevo mensajero, *el mayor nacido de mujer*, en palabras de Jesús, que anuncie que en medio del pueblo está ya el Salvador, el Liberador de esta esclavitud: *detrás de mí viene el que puede más que yo*. El nuevo *heraldo de Sión* que esto anuncia es el Bautista, que empieza a predicar en el desierto, invitando a que se conviertan y se bauticen, con su bautismo de penitencia, para que de ese modo se les perdonen los pecados.

El gran acontecimiento del Nacimiento de Jesús lo vamos a recordar, celebrar y hacer presente sobre el altar, en la ya cercana Navidad. Estos días que faltan han de ser días de intensa preparación espiritual, de austeridad práctica, a semejanza de Juan Bautista, y de arrepentimiento de nuestros pecados, acercándonos al gran sacramento de las misericordias de Dios y de la alegría, el sacramento de la penitencia o confesión. La Iglesia enseña, además, que el adviento y la cuaresma son tiempos propicios para recibir el único sacramento de la confesión que hay, pero con el llamado rito B, que consiste en una celebración comunitaria de la penitencia, pero con confesión y absolución individual. Podíamos aceptar esta recomendación de la Iglesia.

5. A la Virgen, que vivió el primer adviento totalmente centrada en Dios, le encomendamos nuestra preparación ascética para vivir santamente la próxima Navidad.